

LA CRISIS DEL SISTEMA LIBERAL EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS

INTRODUCCION GENERAL

En 1919 parecía que la democracia estaba de enhorabuena. El desmoronamiento de los imperios centrales auguraba la caída definitiva de los regímenes autocráticos, y con la paz, los Estados de la Europa central y oriental adoptaron constituciones democráticas. Sin embargo, en los veinte años siguientes la democracia fue cediendo terreno a las dictaduras, que progresivamente se implantaron por toda la geografía europea. En 1939 el parlamentarismo había quedado confinado a Francia, Gran Bretaña, Escandinavia, los Países Bajos, Checoslovaquia y Suiza, e incluso en estos países la democracia no gozaba de buena salud y se mostraba sumamente débil, incapaz de hacer frente al reto lanzado contra el sistema de Estados "demoliberales" por los fascismos.

La crisis de la democracia formaba parte de una crisis más amplia y general. A ella estaban asociadas:

- LAS PERMANENTES DIFICULTADES ECONOMICAS: primero, los problemas de la reconstrucción de posguerra; luego, la fragilidad de la prosperidad económica, y finalmente, el impacto de la depresión internacional, que pusieron en entredicho todas las ilusiones de progreso continuado de la humanidad hacia mayores cotas de bienestar material.
- LA AGUDIZACION DE LOS CONFLICTOS SOCIALES que acompañó a la crisis económica; es decir, con la extensión del paro obrero y el creciente protagonismo de unas clases trabajadoras cada vez mejor organizadas; con la reacción de las oligarquías financieras, industriales y agrarias frente al cuestionamiento de sus poderes tradicionales; con el temor de las clases medias ante una situación de incertidumbre, y, en general, con el incremento de las tensiones sociales.
- LA INESTABILIDAD POLITICA, consecuencia de la irrupción de nuevas ideologías y la fragmentación de los parlamentos, así como el estallido de escándalos financieros o el sometimiento de las decisiones políticas a grupos de presión contribuyeron al descrédito de las instituciones democráticas.
- LAS TENSIONES NACIONALISTAS provocadas por las profundas alteraciones que sufrió el mapa territorial de Europa después de la guerra, la imposición de duras condiciones a los vencidos y los problemas de las nacionalidades, cuestiones que tendieron a ser resueltas al margen del tradicional marco demoliberal.

Con componentes económicos, sociales, políticos, mentales e internacionales tan diversos, la crisis de la democracia reflejaba algo más profundo: la crisis de civilización. Porque no eran sólo las formas demoliberales (parlamentos y gobiernos representativos) las que entraron en crisis en aquel momento, sino también la ideología del liberalismo clásico, el Estado liberal no intervencionista y los valores burgueses que habían sostenido la expansión de la civilización occidental a lo largo del siglo XIX. Los cambios que estaba experimentando el mundo eran de tal intensidad, y los problemas tan acuciantes, que las viejas estructuras habían quedado anticuadas para responder a los nuevos desafíos, por lo que la totalidad del edificio comenzó a resquebrajarse. De esa forma se alteraron los tradicionales equilibrios decimonónicos, cobrando cada vez más fuerza:

- LA DISOCIACION ENTRE NACIONALISMO Y DEMOCRACIA. Frente a la asociación entre nacionalismo y democracia del S. XIX, progresiva identificación de la afirmación

- nacionalista con la negación de la democracia.
- EL DIVORCIO ENTRE DERECHO Y PODER. Frente al ejercicio regulado del poder, tendencia a la conquista violenta del mismo al margen del derecho, favorecida por la ruptura del equilibrio de poderes (reforzamiento del ejecutivo en detrimento del legislativo) y la crisis del parlamentarismo.
 - LA IDENTIFICACION ENTRE ESTADO Y SOCIEDAD. Frente al libre juego de los intereses sociales al margen del Estado, el intervencionismo estatal tentó a proponer la identificación entre el Estado y la sociedad, estimulando el atractivo por los autoritarismos en boga (fascismos y estalinismo).

Ahora bien, aunque la crisis de la democracia fuera un fenómeno general y pueda ser explicado globalmente como una crisis de civilización, por encima de las características comunes, existían peculiaridades nacionales. No todos los Estados se encontraban en igualdad de condiciones, ni tampoco la crisis les afectó de igual modo, ni siquiera puede decirse que evolucionaran de forma semejante aquellas naciones que compartían entre sí rasgos comunes, como la existencia o inexistencia de una economía avanzada o de una tradición democrática.

Dejando aparte a la URSS (donde la revolución socialista desemboca en el totalitarismo estalinista), en muchos países de Europa triunfan las experiencias antidemocráticas de gobierno. Es posible aplicar el calificativo de "fascistas" al conjunto de las mismas. Sin embargo, una parte de la historiografía prefiere distinguir entre regímenes "autoritarios" y "totalitarios", caracterizados estos últimos por una elaboración ideológica más precisa, un monolitismo de poder (en torno al partido y al líder), una intensa movilización política y un nacionalismo expansionista y agresivo, que sólo cuadrarían a las experiencias alemana e italiana. Y aún así, casi todos los especialistas insisten, con razón, en marcar las distancias entre ambos casos, puesto que ni la determinante doctrina racial de Hitler, ni su consecuente proyección bélica, tienen paralelo en la dictadura mussoliniana.

Estudiaremos en este epígrafe algunos puntos comunes de los regímenes fascistas (los llamaremos así), y después pasaremos a profundizar en el caso italiano y alemán.

ALGUNOS PUNTOS COMUNES DE LOS REGÍMENES FASCISTAS

Doctrina política:

- SUPREMACIA ABSOLUTA DEL ESTADO y, por tanto, subordinación del individuo. Todos los esfuerzos de la sociedad deben concentrarse en el engrandecimiento del Estado. Por su parte, el Estado debe realizar todas las acciones de índole política, social y económica necesarias para conseguir la exaltación del Imperio (según el antiguo modelo romano), en Italia, o conducir la "raza superior" a una posición predominante, en el caso alemán.
- REGIMEN DICTATORIAL: prevalece el poder ejecutivo sobre el legislativo y el judicial y se hace una crítica abierta del liberalismo, al que se culpa de todos los males de la sociedad.
- LIDERAZGO: el poder se plasma en la persona de un líder: el *Duce*, el *Führer*, que actuará de forma totalmente personal, sin control alguno por la sociedad. Las instituciones parlamentarias se mantienen en algunos casos, pero con funciones restringidas y domesticadas.
- NACIONALISMO: un nacionalismo exacerbado, que conduce a una política expansionista como único medio de solucionar los problemas internos y lograr el respeto, por el miedo, en el exterior. La unidad territorial se convierte también en una obsesión, y se rescatan viejas (o se buscan nuevas) reivindicaciones territoriales.

Doctrina económica:

- En los primeros momentos el fascismo se presenta como ANTICAPITALISTA Y ANTIMARXISTA y propugna la creación de un nuevo orden social y económico. Pero la práctica de gobierno y la necesidad de atraerse a la clase dominante y de tranquilizar a la pequeña burguesía provocan un giro hacia la defensa de la propiedad privada. No obstante, se preconiza un cierto intervencionismo en la economía, lo que le permite presentarse ante el proletariado, a través de su propaganda, como un movimiento anticapitalista y defensor de los intereses de los trabajadores.
- AUTARQUIA: Se practica el proteccionismo con el fin de impedir la importación de productos extranjeros y favorecer así el desarrollo de la producción nacional. Muy especialmente se desarrolla la industria bélica.
- EXPANSIONISMO IMPERIALISTA: Para lograr nuevos mercados, materias primas y fuentes de energía que impidan la paralización de la industria.
- FOMENTO DE LAS GRANDES OBRAS PUBLICAS, que cumplen dos objetivos: hacer disminuir el desempleo y exaltar las magnificencias del régimen.

Doctrina social:

- LA ELITE. Se distinguen claramente los conceptos de masa y elite: las minorías deben regir los destinos de las masas.
- VICTIMAS EXPIATORIAS: la existencia de problemas en la sociedad exige al régimen la presencia de víctimas a las que acusar de esos males. Así, extranjeros, masones, gitanos, homosexuales, comunistas y judíos se convirtieron a los ojos de los fascistas en responsables de los males de la sociedad y entorpecedores de los logros del pueblo dominante.

- MILITARIZACION DE LA SOCIEDAD. Especialmente llama la atención el ENCUADRAMIENTO DE LA JUVENTUD, en organizaciones que garantizaran la supervivencia del régimen y la depuración de la civilización. La educación, concebida como adoctrinamiento, tuvo en este sentido un importante papel en las naciones fascistas.

La puesta en práctica de la doctrina reseñada se llevó a cabo con la utilización de los siguientes **instrumentos** de actividad política:

- EL PARTIDO UNICO, jerarquizado y bajo el mando supremo del líder.
- UTILIZACION DE FUERZAS PARAMILITARES (encuadradas también dentro del partido)
- PROPAGANDA monopolizada por el Estado.
- MOVILIZACIONES Y CONTROL DE LAS MASAS
- UTILIZACION DE LA VIOLENCIA como práctica habitual de gobierno y de aniquilación de la oposición.

EL CASO ITALIANO

La frustración de la paz (por el incumplimiento de los acuerdos de Londres en los que se estipulaba que Trentino, Trieste, Istria y Dalmacia septentrional pasarían a Italia tras la guerra), la profunda crisis económica y el clima de agitación social de posguerra (innumerables huelgas, violencia y ocupación de fábricas y de tierras) y la inestabilidad e inoperancia del sistema parlamentario, favorecen el advenimiento del movimiento fascista, creado en 1919 por Benito Mussolini, un ex - dirigente socialista, que en plena guerra se orienta hacia un nacionalismo exaltado y -siempre oportunista- acaba convirtiéndose en el paladín del orden. Desde el primitivo núcleo milanés, los "fascios" se expanden por todo el norte, desencadenando una "eficaz" guerra social ("expediciones punitivas") contra el "peligro rojo" y, controlada la calle mediante el terror, la subversión fascista se completa con la "Marcha sobre Roma" (octubre de 1922) y la consiguiente investidura de Mussolini como presidente del Gobierno.

Desde la plataforma de un gobierno de coalición (con liberales y populares, aunque excluidos los marxistas), al que el Parlamento concede diez meses de plenos poderes, la dictadura de Mussolini avanza imparable, aunque con iniciales cautelas; tras la reforma electoral de 1923 y con el apoyo de la propaganda y la violencia, los fascistas controlan ampliamente la nueva cámara elegida en 1924, y, algo más tarde, el asesinato del diputado socialista Matteotti decanta la definitiva implantación del régimen dictatorial, que institucionalmente se formaliza mediante las leyes de diciembre de 1925 y enero de 1926. Se mantenían las instituciones tradicionales (Rey, Senado, Cámara de Diputados) pero sin apenas atribuciones, Mussolini concentra ahora en sus manos todo el poder sobre un partido dócil y sobre un Estado poderoso (el "Estado Corporativo") que controla las disidencias, aspira a totalizar la sociedad civil, interviene en la economía y "armoniza" (a costa del movimiento obrero) los intereses de clase. Con todo, el régimen fascista no alcanza los niveles de encuadramiento, movilización y represión social del totalitarismo nazi. Tampoco revela la eficacia económica ni la agresividad expansionista de aquél, aunque el giro internacional de 1935-36 (invasión de Etiopía, guerra de España) acaba alineando, subordinadamente, al Gobierno de Roma con las iniciativas desestabilizadoras de Berlín.

EL CASO ALEMAN

Frente al modelo italiano, la dictadura nazi representa la fórmula totalitaria más radical. El nacionalismo germánico racista (expreso en la doctrina hitleriana formulada en el Mein Kampf, 1925) constituye el fundamento tanto de la absoluta compacidad interna del régimen alemán como de su carácter de agresivo expansionismo exterior.

El "Diktat" de Versalles y la crisis económica de posguerra favorecen las primeras iniciativas desestabilizadoras del Partido Alemán Nacionalsocialista de los Trabajadores, liderado por Hitler desde fines de 1919. Pero el fracaso del "putch" de Munich (noviembre de 1923) y la espectacular, aunque no sólida, recuperación económica desde 1924, hundieron en el quinquenio siguiente la audiencia del partido nazi.

Su "asalto al poder" es consecuencia directa del catastrófico impacto económico y social sobre Alemania de la crisis de 1929, cuyas inmediatas consecuencias políticas se reflejan en la erosión que sufren los partidos de centro (socialdemócratas, católicos, liberales), auténticos soportes del régimen constitucional de Weimar, y en el fuerte crecimiento de las alternativas extremas: comunistas y, sobre todo, nacionalsocialistas. Los sucesivos procesos electorales entre 1930 y 1932 convierten al partido nazi en la fuerza mayoritaria, sin la cual (y, aún menos, contra la cual) se hace imposible gobernar. Dominando las calles a través de una agresiva milicia (las S.A.) y capitalizando la conciencia nacionalista del alemán medio, demagógicamente captado con el señuelo revolucionario del doble combate a la "democracia" y al "comunismo", en enero de 1933 Hitler acaba siendo elegido canciller por el anciano presidente Hindenburg.

La imposición de la dictadura nacionalsocialista es mucho más rápida y contundente que lo fuera la italiana. En febrero del propio año 1933 el incendio del Reichstag, endosado a los

comunistas, pone en marcha la expeditiva implantación de un régimen totalitario: la nueva Cámara (reunida en el mes de marzo), fácilmente controlada por los nazis, concede a Hitler plenos poderes. La Constitución de Weimar ha muerto. Al régimen de libertades sucede un estado policial, encarnado por el Führer desde la suprema dirección del Partido, a su vez brutalmente depurado de potenciales disidentes en junio de 1934 ("noche de los cuchillos largos"). Tras la muerte de Hindenburg (agosto del 34), Hitler pasa también a acumular la Jefatura del Estado. La eficacia en el combate a la crisis económica (merced a una política de rigidez autárquica e intensa iniciativa pública, así como al estímulo de la industria armamentística), la masiva utilización de una propaganda movilizadora y el empleo de una implacable máquina represiva aseguran en Alemania el éxito de la más extrema experiencia totalitaria. La política exterior del III Reich transita rápidamente, y sin solución de continuidad, de la revisión de Versalles a un expansionismo agresivo (en busca del "espacio vital") que aboca al desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial.

DIFICULTADES DE LOS REGIMENES LIBERALES

En este epígrafe estudiaremos tres casos representativos de la crisis del sistema liberal en Europa Occidental; en dos de ellos (Gran Bretaña y Francia), la democracia sobrevivió, mientras que en el tercero (Alemania) fue derrotado por el nazismo.

GRAN BRETAÑA fue el país que mejor pudo sortear esta crisis durante el período de entreguerras. Los británicos sufrieron algún que otro sobresalto político durante los años veinte, en particular cuando se sucedieron tres elecciones y cuatro gobiernos entre 1922 y 1924, y al estallar la huelga general de 1926. Pero fueron trastornos pasajeros, derivados de los cambios que estaba experimentando la sociedad británica desde la Gran Guerra. Cuando las nuevas realidades fueron asumidas y quedaron para el recuerdo los días de gloria y de Imperio de la época victoriana, el país volvió a funcionar sin graves complicaciones internas y con las miras puestas en salir de la gran depresión. De esta forma la democracia británica atravesó la tormenta de los años treinta, refugiándose en "gabinetes nacionales", y llegó al umbral de la Segunda Guerra Mundial con su tradicional sistema parlamentario intacto, si cabe más asentado que nunca, y sin haber conocido las turbulencias políticas que tanto habían proliferado en el Continente.

(Mención aparte merece, por su carácter no pasajero, "el problema de Irlanda", desarrollado durante estos años. Como es lógico, el problema irlandés había quedado soterrado por la guerra, pero en 1919 los nacionalistas inician un cambio de estrategia para poner en práctica la autonomía y la separación sin contar con la aprobación de Londres. Setenta y tres diputados irlandeses se constituyeron en Dublín en Asamblea y crearon un gobierno y una administración independiente; mientras el IRA hostigaba con emboscadas y ataques por sorpresa al ejército inglés. La respuesta militar era difícil en un país agotado por la guerra, y por ello Lloyd George decide aceptar la autonomía de Irlanda. Se crearon dos entidades: El Ulster (seis condados de mayoría protestante en el norte), que se mantuvo dentro del Reino Unido, y el Estado Libre de Irlanda, reconocido en diciembre de 1921, con su Gobierno, Ejército, Parlamento y lengua oficial gaélica. El acuerdo alcanzado no satisfizo a nadie. Los nacionalistas irlandeses veían como su isla permanecía dividida. Los unionistas pensaban que este acuerdo significaba un retroceso del poder de Gran Bretaña. Los protestantes del Ulster, aunque mantuvieron su primacía sobre los católicos en el norte, vieron cómo su posición se deterioraba día a día por los ataques de los activistas del IRA. En 1937 se proclamó la República de Irlanda (Eire) en el Estado libre, que en teoría se separaba de la Commonwealth, aunque mantuvo relaciones con ella hasta 1948.)

Paradójicamente, la democracia más estable estaba asentada en la economía industrial que más se tambaleaba. A los efectos de la guerra y la pérdida de la hegemonía mundial, se añadió pronto la necesidad de reconversión de sus viejas estructuras industriales. Con la caída de las exportaciones sobrevino el paro, de tal forma que a partir de 1920 el número de desempleados nunca descendió del millón de trabajadores, llegando a alcanzar en los momentos más duros de la gran depresión la cifra de tres millones (el 25% de la población activa). Sin embargo, esta explosiva situación económica y social, agravada por la política gubernamental de sostener el valor de la libra esterlina a toda costa, no se correspondió con un período de agudización de las tensiones sociales ni dio pie a la radicalización del movimiento obrero.

La razón de ello hay que buscarla en el alto grado de cohesión interna que caracterizó a la sociedad británica, la cual demostró su capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias. La extensión de los programas gubernamentales de bienestar social ayudó a paliar los efectos de la crisis y amortiguar las tensiones sociales. La moderación sindical también contribuyó lo suyo, puesto que el sindicalismo inglés siguió confiando en los métodos legales para alcanzar mejoras económicas graduales, a cambio de obtener un mayor reconocimiento social. El peligro que podía representar la caída del Partido Liberal se conjuró pronto con la apuesta reformista del Partido Laborista, cuyos gobiernos evitaron todo radicalismo. El gran beneficiado fue el Partido Conservador, cada vez más inclinado a buscar el consenso y siempre preocupado por no aparecer

ante la opinión pública como el paladín de las clases adineradas. De esta forma Gran Bretaña no se convirtió en terreno abonado para la siembra de ideologías revolucionarias o fascistas que tanto predicamento tenían en Europa, pudiendo sortear la crisis sin grandes quebrantos para su tradicional sistema parlamentario.

FRANCIA tuvo una trayectoria prácticamente inversa a la de Gran Bretaña: su economía resistía mejor los embates de la crisis, pero sus gobiernos se tambaleaban con suma facilidad. La guerra había dejado al país exhausto, aunque los beneficios de la victoria eran evidentes. Gracias a la inmigración, a la conquista de nuevos mercados y a la adopción de una política monetaria realista, los franceses supieron mejor que los ingleses lo que fue la prosperidad de los felices años veinte, situándose en condiciones inmejorables para retrasar o suavizar los efectos de la Gran Depresión. Pese a ello, a partir de 1919 la III República se caracterizó por la inestabilidad política. Más de 40 gobiernos se sucedieron entre las dos guerras mundiales, por lo que la política nacional dio continuos bandazos: de la unidad de las derechas al cártel de las izquierdas, del consenso entre casi todos a la disensión de muchos, del moderantismo al progresismo, del peligro fascista al Frente Popular, etc...

Se trataba, no obstante, de una inestabilidad dentro de un orden: los cambios de ministerios se articulaban en torno a las mismas figuras, y las mayorías parlamentarias se alteraban sin necesidad de convocar frecuentes elecciones legislativas. Además, casi todos los ministerios basculaban del centro-derecha al centro-izquierda con un polo de atracción: los radicales, que dieron apellido al propio régimen, el de la "República Radical". Los viejos partidos dinásticos habían desaparecido y las derechas conservadoras se movían dentro del marco democrático. A la izquierda, el socialismo se había escindido en 1920, dando lugar a un Partido Comunista de fuerte implantación sindical. Pero éste no contó en la composición de las mayorías parlamentarias hasta que la amenaza del fascismo forzó el cambio de estrategias. En cualquier caso, después de la tempestad siempre llegaba la calma y la solidez de las instituciones democráticas permaneció incólume hasta la ocupación alemana.

Las motivaciones profundas de este movimiento pendular de la III República respondían, sobre todo, a la permanente contradicción entre inmovilidad y cambio en que se debatía la sociedad francesa. La Francia de entreguerras cultivó no pocas esperanzas: la de que le iban a reparar los daños y "Alemania pagará"; la de sentirse gran potencia y exigir garantías de seguridad; la de mantener la prosperidad económica y alcanzar mayores cotas de bienestar; la del orden, la estabilidad y el entendimiento que encarnaban Poincaré o Briand y también, la esperanza transformadora que representaba el Frente Popular. Pero las realidades le impusieron otras tantas desilusiones: la de no poder cobrar; la de sentirse amenazada una vez más; la de padecer la recesión internacional y ver reducidas las expectativas de mejora social; la del desorden, la desunión interna y la creciente tensión internacional, y finalmente la del fracaso de la experiencia del Frente Popular. En medio de ilusiones y decepciones, la incertidumbre marcó el tono vital de la democracia francesa desde la victoria de 1919 a la derrota de 1940.

El caso de **ALEMANIA** fue, en cambio, el de la frustración de la experiencia democrática. Allí la democracia no tenía tradición y la República de Weimar había nacido sumamente debilitada. Con la evidencia del desastre militar, el poder imperial se desmoronó bajo el impulso de una revolución que parecía copiada de los manuales bolcheviques. Sin embargo, aquella situación explosiva fue inmediatamente reconducida desde el poder, bajo control socialdemócrata, que restableció el orden, en lucha sangrienta contra el espartaquismo, con el decidido apoyo del ejército y las fuerzas conservadoras. Surgida del compromiso entre lo nuevo y lo viejo, la democracia había barrido las estructuras políticas del régimen monárquico, pero mantuvo intacta sus tradicionales estructuras socioeconómicas, basadas en el poder de la aristocracia terrateniente y la gran burguesía con el apoyo de los cuerpos imperiales conservadores: la administración, la magistratura y el ejército, lo que hipotecó cualquier intento de reforma. A ello se sumó la

aceptación del "Diktat" impuesto a Alemania al término de la guerra, que hirió el orgullo alemán, fomentó la división interna, desató las pasiones nacionalistas y se convirtió en caldo de cultivo para el auge del nazismo.

La endeble democracia alemana tuvo que afrontar durísimas pruebas desde el primer momento. Obligada a purgar las culpas del régimen anterior y cuestionada desde dentro, padeció los efectos de la permanente agitación interna y la acuciante crisis económica. Los años 1919-1923 fueron particularmente dramáticos, y a ellos hay que asociar la quiebra financiera, la desestabilización monetaria, la hiperinflación, la extensión del paro y la miseria, la agitación social, las tendencias separatistas, los intentos de golpes de Estado, la cuestión de las reparaciones y el enfrentamiento franco-germano. Vencidos los intentos desestabilizadores y bajo los efectos de la distensión internacional, de 1924 a 1929 la República de Weimar pudo tomarse un respiro. Con la rechazación del régimen y el impulso de una política pacifista, se inició la recuperación económica a partir de la estabilización monetaria, la afluencia de capitales extranjeros, la concentración empresarial y la modernización industrial. La prosperidad favoreció el aumento de los salarios y la extensión de los auxilios sociales, por lo que la conflictividad descendió y la democracia alemana parecía que entraba por la senda de la normalidad institucional.

Sin embargo, aquella estabilidad era más ficticia que real. El modelo de prosperidad económica se basaba en la dependencia excesiva de los créditos externos y cuando los capitales extranjeros fueron repatriados a causa de la crisis de 1929, aquel modelo se derrumbó, reapareciendo el paro, la miseria, el descontento y la agitación. La falta de respuestas concretas a la crisis por parte de los partidos democráticos determinó el ascenso espectacular del nazismo, cuyo discurso ultranacionalista, anticomunista y antisemita contó con el apoyo de los viejos poderes y la gran industria, y cautivó a los pequeños y grandes campesinos ansiosos de proteger sus propiedades, a las clases medias urbanas deseosas de orden y estabilidad, y a los parados, a los que se prometía trabajo y acción. La crisis política terminó por activar el mecanismo de la desestabilización interna. La existencia de unos gobiernos cada vez más alejados de la sociedad, la colaboración de las derechas con el nazismo y las intrigas de políticos y grupos de presión acabaron por elevar a Hitler a la cancillería alemana el 30 de enero de 1933, sentenciando así la muerte de la República de Weimar.

TEXTOS

El Estado Fascista es una voluntad de potencia e imperio. La tradición romana es aquí una idea de fuerza. En la doctrina del fascismo, el imperio no es solamente una expresión territorial, militar o mercantil, sino espiritual o moral. Se puede concebir un imperio, es decir una nación, que directa o indirectamente guíe a otras naciones, sin que sea necesaria la conquista de un solo kilómetro cuadrado de territorio. Para el Fascismo, la tendencia al imperio, es decir, a la expansión de las naciones, es una manifestación de vitalidad: su contrario, el espíritu sedentario, es un signo de decadencia. Los pueblos que nacen o resucitan son imperialistas, los pueblos que mueren son renunciadores. El Fascismo es la doctrina más adecuada para representar las tendencias, los estados del alma de un pueblo que, como el italiano, resurge después de largos siglos de abandono o de servidumbre extranjera. Pero, el imperio exige disciplina, coordinación de esfuerzos, deber y sacrificio. Esto explica numerosos aspectos de la acción práctica del Régimen: la dirección impresa a las fuerzas múltiples del Estado, y la severidad necesaria contra los que quieran oponerse a este movimiento espontáneo y fatal de la Italia del siglo XX, y oponerse a ello agitando las ideologías superadas del siglo XIX, repudiadas en todas partes donde se han osado realizar grandes experiencias de transformación política y social. En este momento, más que nunca, los pueblos tienen sed de autoridad, de dirección y de orden. Si cada siglo tiene su doctrina, mil indicios demuestran que la del siglo actual es la del Fascismo. El Fascismo es una doctrina de vida, lo muestra el hecho de que ha suscitado una fe: que la fe ha conquistado las almas, lo demuestra el hecho de que el fascismo ha tenido sus héroes y sus mártires.

El Fascismo tiene ya en el mundo entero, la universalidad que poseen todas las doctrinas, que, al realizarse, representan una época en la historia del espíritu humano (...).

MUSSOLINI, B. "La doctrina del fascismo".

(El nacionalsocialismo) en principio, considera el Estado sólo como un medio hacia un determinado fin y cuyo objetivo es la conservación racial del hombre. De ninguna manera cree, por tanto, en la igualdad de las razas, sino que, por el contrario, al admitir su diversidad, reconoce también la diferencia cualitativa existente entre ellas. Esta persuasión de la verdad, le obliga a fomentar la preponderancia del más fuerte y a exigir la supeditación del inferior y del débil, de acuerdo con la voluntad inexorable que domina el universo. En el fondo, rinde así homenaje al principio aristocrático de la Naturaleza y cree en la evidencia de esa ley hasta tratándose del último de los seres racionales. La ideología racista distingue valores, no sólo entre las razas, sino también entre los individuos. Es el mérito de la personalidad lo que para ella se destaca del conjunto de la masa, obrando, por consiguiente, frente a la labor disociadora del marxismo, como fuerza organizadora. Cree en la necesidad de una idealización de la humanidad como condición previa para la existencia de ésta. Pero le niega la razón de ser una idea ética, si es que ella, racionalmente, constituye un peligro para la vida de los pueblos de una ética superior, pues, en un mundo bastardizado o mulatizado estaría predestinada a desaparecer para siempre toda noción de lo bello y digno del hombre, así como la idea de un futuro mejor para la humanidad.

HITLER, A. "Mi lucha" (1925).